

LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA «UNA ESPERANZA NUEVA PARA EL LÍBANO»

I. JUAN-PABLO II EN EL LÍBANO

En múltiples ocasiones, cuando el suelo libanés ardía con el fuego de los bombardeos y las víctimas cubrían las calles, y el Líbano presa de la violencia ciega y absurda y condenado a entrar en un oscuro callejón sin salida, el Papa Juan-Pablo II manifestaba su ardiente deseo de visitar este país martirizado, «para honrar y bendecir la tierra irrigada con la sangre de los inocentes», y lloró cuando los proyectiles llovían sobre Beirut. Y cada vez que sus consejeros trataban de disuadirlo, el Papa insistía en venir; se llegó incluso a fijar la fecha y a imprimir el programa oficial de la visita.

Y de pronto, y en signo de protesta o de advertencia, se produjo la explosión en una iglesia durante la misa del domingo del 27 de febrero de 1994. Balance: 11 muertos y más de 60 heridos de los que no hacían más que rezar, entre ellos el Abad del convento que oficiaba la santa liturgia. Ante la envergadura de tan horrible hecatombe, jamás ocurrida a lo largo de los años de guerra, se tuvo que diferir el viaje papal *sine die*, hasta que se realizó tres años más tarde.

Así, pues, el día 10 de mayo de 1997, el Papa Wojtyła pudo efectuar su tan anhelada visita pastoral de 32 horas al Líbano; era su 77 salida fuera de Italia coincidiendo con su

77 aniversario, que el Sumo Pontífice celebró entre los libaneses. Vino para promulgar desde el Líbano la Exhortación Apostólica *«Una esperanza nueva para el Líbano»* y reconfortar a los libaneses y solidarizarse con ellos.

Eran horas de unión nacional a nivel ecuménico e interreligioso, reuniendo en torno al apóstol de la paz a todos los ciudadanos sin distinción de confesión religiosa o de divergencia ideológica o política. Un millón de personas, algunos con sus niños llevados a hombros, salieron para aclamar al «Bendito que viene en el nombre del Señor», a lo largo de la carretera entre el aeropuerto, el palacio presidencial y la Nunciatura apostólica, con cantos y gritos de alegría hacia aquel que nos trae la esperanza y la paz y nos devuelve la vida, la libertad y la sonrisa.

Al bajar del avión, y no pudiendo el Papa por su avanzada edad inclinarse para abrazar la tierra libanesa, dos niños le acercaron un puñado de polvo del Líbano en una canasta para poderla besar y bendecir.

Después de escuchar las palabras de bienvenida del Presidente de la República, el maronita Elías Hrawi, la respuesta de Juan-Pablo II reveló el motivo de su visita: «para alentar a sus hijos e hijas que anhelan la independencia y la libertad», agregando: «A lo largo de los años de guerra he seguido muy atentamente con toda la Iglesia los momentos difíciles que el amado pueblo libanés atravesaba, y me he asociado con la oración a los sufrimientos que padecía». Y dirigiéndose a las autoridades políticas presentes, las exhortó enérgicamente para «construir el país sobre las bases de la justicia y el equilibrio interno de todas las fuerzas vivas de la nación, con la participación y la responsabilidad de cada uno»; reclamando para los cristianos los derechos que los garantiza la Constitución como ciudadanos a partes iguales.

Por la tarde celebró el Papa su encuentro con la juventud en la Plaza del Santuario de N.ª S.ª del Líbano, al que estaban presentes de pie unos cien mil universitarios comprometidos, en nombre de los cuales hablaron un joven y una muchacha, pidiendo la ayuda del Papa para cumplir con sus deberes y aspiraciones espirituales y cívicos, comprometiéndose de «trabajar 24 horas sobre 24 al servicio de la Iglesia Madre», según la expresión de la muchacha.

Su compañero era más resuelto en su actitud y sus reclamaciones: «Decid, Santidad, lo que nosotros no podemos decir. Nuestro anhelo profundo es ver a nuestra Iglesia cambiar de rostro para interpelar en profundidad a sus hijos con vistas a promover juntos una dinámica de comunión entre la juventud y las autoridades eclesiológicas. Ayúdenos, Santo Padre, Vos que sois el mejor situado para hacerlo, a cambiar la faz de nuestra Iglesia, para que ésta sea capaz de ayudar a los jóvenes a reconocerse de una manera coherente, a comprender la realidad en que ellos viven y a ser los apóstoles de la apertura y la tolerancia y los agentes sociales para la promoción de la paz y la justicia; que la Iglesia reconozca el sitio de los jóvenes y los deje participar en sus estructuras y salir de su pasividad e indiferencia. Dad, Santo Padre, un papel más grande a los jóvenes, Vos que varias veces habéis insistido sobre este punto en vuestros mensajes y exhortaciones; y nosotros estamos dispuestos, y lo declaramos desde aquí y a hora, de tener las manos tendidas a las autoridades eclesiológicas, y juntos hemos de dar testimonio del amor a Cristo».

«¡Qué bello horizonte! Me siento joven entre vosotros», exclamó el Papa antes de firmar la Exhortación apostólica y de leer la homilía que fue interrumpida continuamente con aplausos y salves. Fue una meditación sobre el encuentro de Jesús Resucitado con los discípulos de Emmaus, devolviéndolos la esperanza y el aliento, cuando éstos estaban desorientados y decepcionados, pero que sus corazones ardían en sus pechos mientras Jesús los hablaba en el camino: «Vosotros sois la riqueza del Líbano —dijo el Papa; no tengáis miedo de marchar con Cristo que os revela el misterio de su muerte y su resurrección. Sed fieles a la Iglesia y poneos al servicio del mensaje de salvación. Haced caer los muros que se han levantado a lo largo de los años dolorosos de vuestro país y construid los puentes entre las personas, entre las familias y entre las diferentes comunidades». Terminada la homilía, Juan-Pablo II firmó ante todos los presentes la Exhortación apostólica y entregó el primer ejemplar al Cardenal y Patriarca maronita Nasrallah Sfeir.

La misa pontifical tuvo lugar el día siguiente en la base naval de Beirut con asistencia de un millón de personas de todas las confesiones, y las personalidades oficiales religio-

sas y políticas y los patriarcas y obispos ortodoxos, y el gobierno en pleno conducido por el Presidente de la República Elías Hrawi. En la homilía insistió el Santo Padre sobre la misión histórica del Líbano como país de numerosas familias espirituales que han vivido en paz y colaboración; recalcando sobre el respeto de los derechos del hombre y concretamente de los cristianos en su propio país que Jesús santificó con su visita a Tiro y Sidón. Y al final repartió Su Santidad la Exhortación apostólica a los jefes espirituales y políticos.

Un almuerzo en la residencia patriarcal maronita reunió al Papa con los pastores de las Iglesias católicas y ortodoxas en pleno; después recibió a éstos últimos en la Nunciatura Apostólica y celebraron una reunión ecuménica con el fin de acelerar los pasos hacia la unidad plena y firme; el Patriarca greco-ortodoxo, Ignacio IV Hazím manifestó a la prensa que Juan Pablo II «es un hombre serio hasta el extremo, es un hombre gigante que sirve plenamente a su Iglesia y no creo que otro Papa podría igualarle en esto, lo cual es para gloria suya. Es uno de los papas más importantes... Es un hombre muy fuerte, y los días han probado que es capaz de sacudir regímenes de otro género, quiero decir los regímenes políticos; en este sentido el Papa ha desempeñado un papel de primera importancia». Unas horas antes, había recibido en visita privada a los dos jefes espirituales musulmanes y el druso, quienes entregaron al Papa un *memorándum* muy positivo acerca de la convivencia islamo-cristiana.

Camino del aeropuerto, el Papa Wojtila pasó por el Palacio presidencial para celebrar su 77 cumpleaños en la intimidad con el Presidente de la República y los miembros de su familia. En el Aeropuerto fue despedido oficialmente mientras la gente reunida a lo largo del camino le aclamaba como los discípulos de Emaús a Jesús: «Quédate con nosotros, pues el día declina» (Lc 24, 29).

II. ETAPAS EN EL CAMINO HACIA EL SÍNODO

Después de haber agotado todos los medios y llamado a todas las puertas, como alude en las primeras páginas de esta Exhortación apostólica dirigiéndose a los libaneses:

«Sabéis los vínculos de cariño que me unen a esta “tierra predilecta”, como he tenido la ocasión de recordarlo en muchas circunstancias, particularmente desde el comienzo de mi pontificado» (n. 8). Su Santidad el Papa Juan-Pablo II determinó convocar un Sínodo especial para el Líbano. Y así, el día 12 de junio de 1991, en la audiencia general y en presencia de los cuatro patriarcas católicos del Líbano, anunció el Papa su decisión de «convocar una Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para el Líbano» (n. 2), pidiendo a sus habitantes prepararse espiritualmente para este gran acontecimiento.

El 24 de enero de 1992, nombró el Papa el Consejo preparatorio del Secretariado del Sínodo, presidido por el Cardenal Ian Schotte e integrado por representantes de las diversas Iglesias católicas libanesas y el Coordinador de los trabajos preparatorios en el Líbano. Una llama de santo entusiasmo y de esperanza brotó en todo el país para sensibilizar la opinión pública e introducirla de lleno en el ambiente de este extraordinario evento, único camino que conduce a la paz y a la renovación después de tantos años de violencia y de sufrimientos: actos litúrgicos, reuniones de grupo, sesiones de trabajo a todos los niveles y especialmente entre los movimientos de juventudes, conferencias a nivel universitario y en centros docentes y catequéticos. Fruto de todo esto fueron las propuestas enviadas al Secretariado de Roma.

El 13 de marzo de 1993, tras haber estudiado detenidamente estas propuestas, el Secretariado redactó los *Lineamenta* bajo el título: «*Cristo nuestra esperanza. Renovados por su Espíritu y solidarios, atestiguamos de su Amor*»; seguido de un cuestionario más preciso en orden a estudiarlo más concretamente. El Secretariado pidió igualmente la opinión de las Iglesias ortodoxas y los jefes espirituales y políticos de las confesiones musulmanas; y devolver las respuestas por medio del Coordinador antes de mayo de 1994.

El 15 de agosto de 1994, el Papa proclamó la fecha de la apertura del Sínodo para el día 26 de noviembre de 1995 en Roma; y se procedió a la elaboración del *Instrumentum laboris* que constituye el programa de acción al orden del día de las sesiones sinodales.

III. LAS SESIONES SINODALES

Entre el 26 de noviembre y el 14 de diciembre de 1995 se celebró en el Vaticano la Asamblea del Sínodo bajo el Papa Juan Pablo II que presidía personalmente todas las sesiones; y la participación de los siete patriarcas católicos orientales: el maronita Nasrallah Sfeir, el melquita Máximo Hakím, el siríaco Antonio Hayek, el armenio Juan Kasparian (todos del Líbano), el copto Esteban Ghattás (Egipto), el caldeo Rafael Bidawid (Iraq) y el latino Michel Sabbáh (Jerusalén); de los nueve Cardenales de las Congregaciones romanas y el Cardenal Lustiger de París; de 37 arzobispos y obispos del Líbano y la diáspora; de 10 superiores generales y provinciales regionales y de un nutrido número de peritos y oyentes, laicos en su mayoría. Además, cinco obispos ortodoxos y un pastor evangélico, delegados por sus Iglesias; y tres representantes de las confesiones musulmanas. Total 120 personas.

Se celebraron doce sesiones matutinas y trece reuniones de trabajo vespertinas, al cabo de las cuales los Padres sinodales votaron las proposiciones finales y las elevaron al Papa para la elaboración de la Exhortación apostólica, y dirigieron un «Mensaje» a sus fieles.

IV. LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA

El 10 de mayo de 1997, durante su visita pastoral, Juan Pablo II firmó la Exhortación Apostólica «*Una esperanza nueva para el Líbano*» redactada en francés, confiando al Cardenal Patriarca maronita Mons. Sfeir su aplicación. El documento pontificio consta de una introducción, de seis capítulos y de una conclusión, formando 125 párrafos en 198 páginas. Contiene 338 citaciones de los Padres de la Iglesia, del Concilio Vaticano II, de los documentos pontificios, del Código de los Cánones de las Iglesias Orientales, de los textos preparatorios del Sínodo, de las proposiciones y del Mensaje de los Padres sinodales, sin contar las innumerables referencias del Nuevo Testamento.

Ofrecemos en este artículo un análisis lo más objetivo posible de los temas desarrollados a través de los capítulos, resaltando el carácter ecuménico e interreligioso en los mismos.

1. *La introducción*

Consta de siete párrafos, lleva por título: «Un sínodo para la esperanza», y comienza con estas palabras:

«Una esperanza nueva para el Líbano ha nacido en el curso de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos. Los católicos de esta tierra santa son invitados por el Señor a vivir en “esperanza que no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5, 15). Así, renovados por Dios, los creyentes en Cristo en el Líbano serán para todos sus hermanos testigos de su amor».

La esperanza cristiana es el núcleo firme y constante del documento pontificio y responde plenamente a las aspiraciones de los fieles libaneses después de 20 años de guerra fratricida que los llevó al borde de la desesperación y la frustración.

Haciéndose eco de esta situación, el Papa prosigue:

«Cuando, el 12 de junio de 1991, he convocado una Asamblea especial para el Líbano del Sínodo de los Obispos, la situación del país era dramática: El Líbano había sido profundamente sacudido en todos sus componentes. He invitado a todos los católicos de esta tierra a emprender una marcha de oración, de penitencia y de conversión que les permitiera interrogarse ante el Señor sobre su fidelidad al Evangelio y su compromiso de seguir a Cristo... He pedido a las otras Iglesias y Comunidades eclesiales asociarse a este esfuerzo, manifestando así la intención ecuménica de la Asamblea sinodal, ya que para el porvenir del Líbano, la esperanza está también vinculada a la de la unidad de los cristianos. He invitado igualmente a las comunidades islámicas y drusas a tomar parte en el proyecto. Aunque se trate ante todo de una renovación propia de la Iglesia católica, se trata al mismo tiempo de la reconstrucción material y espiritual del país, que es una preocupación esencial de todos; y esto no sería posible sin la participación activa del conjunto de sus habitantes» (n. 2).

Y concluye el Soberano Pontífice esta introducción precisando el objetivo de la Exhortación:

«El presente documento ofrece unos principios de reflexión y unas orientaciones para la renovación y unas suges-

tiones concretas que os podrán servir para los años venideros para guiaros en una renovación constante... Continuada vuestro discernimiento crítico, sed disponibles a la acción del Espíritu Santo y dejaos inspirar por el Evangelio de Nuestro Señor. Y así, Cristo será ciertamente vuestra esperanza y su Espíritu os renovará, y seguid solidariamente dando testimonio de su Amor» (n. 7).

2. *Capítulo primero. Situación actual de la Iglesia Católica en El Líbano* (nn. 8-17)

En este primer capítulo hace el Papa un análisis muy lúcido de la situación de los cristianos libaneses como Iglesia una y múltiple. Esta diversidad del patrimonio eclesial oriental es en sí un elemento positivo muy rico, sin embargo ha suscitado entre las Iglesias locales un verdadero obstáculo en el camino de la colaboración: «pero las Iglesias patriarcales desean hoy rebasar toda estrechez de vistas y abrirse a una colaboración cada vez más intensa, por fidelidad a la Palabra del Señor: “En esto conoceréis todos que sois mis discípulos si teneis amor unos para con otros” (Jn 13, 35) (n. 9)».

Como consecuencia de los años de guerra, la Iglesia del Líbano ha sufrido grandemente la división de sus hijos: ha tenido una herida en su propia carne, «y sobre todo ha sido probada en su conciencia, viendo a sus hijos muertos y matándose unos a otros, y sigue sufriendo sus contiendas siempre vivas» (n. 10). Se nota, sin embargo, un hecho positivo cada vez más intenso entre los miembros de la misma Iglesia: el Patriarca, los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los religiosos, las religiosas y los seglares, en particular, elevándose por encima de sus heridas, «hacen prueba de una generosa disponibilidad y están prestos a responder a las llamadas de la jerarquía, a sus peticiones de cooperar en el seno de los diferentes consejos diocesanos o parroquiales y en la administración de los *waqfs* o en otros servicios de la Iglesia» (n. 10). El mismo hecho se nota también en el clero por su cooperación en las reuniones entre ellos y con los seglares para los fines pastorales, espirituales y apostólicos.

Obedeciendo a la voluntad de Cristo en su oración: «Padre Santo, guarda en tu nombre a aquellos que me has

dado, para que sean uno como tú y yo somos uno» (Jn 17, 11), la Iglesia Católica del Líbano se siente empeñada en el diálogo con sus hermanas las Iglesias ortodoxas:

«Este compromiso refleja una toma de conciencia de la gravedad de la división de los cristianos y una expresión del dolor concretamente resentido frente a tal infidelidad a la voluntad del Señor. En efecto, esta división separa a menudo a personas cohabitando juntas y que se aman y se comparten la misma fe en Cristo y en el bautismo. Entre católicos y ortodoxos existen puntos esenciales referentes a la Iglesia y los sacramentos... Pero la división entre los cristianos no deja de tener sus consecuencias a veces penosas en la vida social constituyendo un contra-testimonio a los ojos de muchos compatriotas» (n. 12).

El método a seguir hacia la plena comunión es el diálogo de la verdad nutrido y sostenido por el diálogo de la caridad, bajo la conducción del Espíritu Santo que ilumina las mentes y purifica los corazones.

Las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma son también incluidas en este movimiento de acercamiento y desean ardientemente la realización de la plena unidad; por lo cual estamos todos llamados por el Señor a intensificar nuestras oraciones para que se cumpla este deseo de Jesús.

Las relaciones con los adeptos de las religiones mono-teístas, particularmente los musulmanes, merecen una atención especial, en razón de que el Líbano está integrado por dos confesiones religiosas, el cristianismo y el islam, y que la convivialidad se impone por su propio peso. Por otra parte, «La Iglesia Católica considera con atención la búsqueda espiritual de los hombres y reconoce de buen grado la parte de verdad que integra la marcha religiosa de las personas y los pueblos, afirmando al mismo tiempo que la verdad plena se encuentra en Cristo que es el comienzo y el término de la historia, la cual, por Él, llega a su plenitud» (13). Evocando los valores morales, espirituales y socio-culturales del islam, la Exhortación apostólica reproduce *in extenso* el párrafo 3 de la Declaración del Vaticano II *Nos- tra aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

Hablando concretamente del Líbano, el Papa afirma que las relaciones católico-musulmanas han pasado por

momentos críticos de desconfianza y prejuicios, y hasta de confrontaciones armadas. Tiempo es ya de mirar las cosas con lucidez y optimismo, pasando de la enemistad al diálogo inter-religioso:

«Para el diálogo constructivo y el reconocimiento recíproco por encima de las divergencias entre las religiones, importa mucho ponerse a discernir ante todo lo que unifica a los libaneses en un solo pueblo, en una misma fraternidad. Por otra parte, cristianos y musulmanes libaneses se consideran los unos y los otros solidarios en la construcción de su país; el deseo de consolidar el entendimiento entre ellos aparece cada vez más vivo en las mentes de todos» (n. 14).

El agudo problema de la participación activa de los católicos en la sociedad civil como ciudadanos a partes iguales, lo evoca el último párrafo del documento pontificio:

«Los cristianos del Líbano... aspiran a la tranquilidad, a la prosperidad y a un reconocimiento real de las libertades esenciales que salvaguardan la dignidad humana y permiten la práctica de la fe; aspiran a un respeto sincero de sus derechos y los derechos de los demás, y a una justicia que consagra la igualdad de todos ante la ley permitiendo a cada cual asumir su parte de responsabilidad en la vida social. Ellos saben que un tal proyecto está, en parte, condicionado por los años transcurridos de la guerra como por la grave situación que reina en esta región del Medio Oriente. Yo soy consciente de las dificultades actuales, las más importantes: la ocupación amenazante del Sur del Líbano, la coyuntura económica del país, la presencia de fuerzas armadas no libanesas en su territorio, el hecho de no resolverse todavía y totalmente el problema de los desplazados, el peligro del extremismo y la impresión que tienen algunos de verse frustrados en sus derechos. Todo esto alimenta las pasiones y el miedo de que los valores de la democracia y de la civilización que representa este país puedan ser comprometidos. Por todo lo cual, la tentación de abandonarlo acecha siempre a los libaneses y particularmente a los jóvenes» (n. 17).

Pero, a pesar de todo, la esperanza permanece viva, y los cristianos no han perdido la confianza en sí mismos ni en el apego a su patria y su tradición democrática, empujándolos a colaborar activamente en su edificación sobre la base de los valores humanos que son la riqueza de su patrimonio nacional.

3. *Capítulo segundo. En la Iglesia, nuestra esperanza se funda en Cristo* (nn.18-36)

En este capítulo el Papa vuelve repetidamente a la Constitución dogmática «*Lumen gentium*» y a otros documentos conciliares para sentar las bases de la naturaleza de la Iglesia como misterio y como comunión. La Iglesia de Cristo no se reduce a su dimensión visible como una comunidad confesional organizada, sino que está en comunión con la comunidad celestial invisible reuniendo en sí dos entidades o elementos: el elemento humano y el elemento divino, «una expresión de la comunión de los hombres con Dios y entre ellos mismos. La Iglesia es, en Cristo, el sacramento, esto es el signo y el instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano... Es el misterio de la unión personal de cada hombre con la Trinidad divina y con todos los demás hombres, que comienza por la fe orientada hacia la plenitud escatológica en la Iglesia celestial» (n. 19).

A la luz del misterio de la vida íntima de Dios uno y trino se comprende mejor el misterio de la Iglesia, cumplido por el envío del Hijo a los hombres y por el don del Espíritu Santo a la Iglesia que peregrina en esta tierra hacia la glorificación del Padre en el cumplimiento del Reino en el cielo. Los Padres del Sínodo han insistido sobre este doble aspecto del misterio cristiano: vivir intensamente el misterio de la Iglesia como comunión de los hombres con Dios y entre sí, y fundar su esperanza en Cristo, renovándose continuamente en su Espíritu que es el gran don del Padre y su Hijo a su Iglesia.

Cristo es la esperanza de los cristianos en su triple papel: en cuanto Pastor de su pueblo, en cuanto luz del mundo y en cuanto poder del Padre. A cada una de estas tres facetas del misterio de Cristo dedica el Papa un párrafo aplicándolo a la situación de los cristianos libaneses y a lo que Dios pide de ellos en los tiempos presentes y para el futuro. Y concluye: «El drama vivido durante los últimos años por la Iglesia católica en El Líbano ha sido una ocasión cruel para ella de experimentar la necesidad de la conversión, para vivir el Evangelio, para permanecer unida, para dialogar en verdad con las otras Iglesias y Comunidades cristianas con vistas a avanzar hacia la plena unidad,

para construir también con los otros ciudadanos (los musulmanes) una sociedad capaz de un diálogo abierto, de una convivialidad y una atención a los otros, sobre todo a los hermanos más necesitados» (n. 835).

A esta dinámica de la esperanza y la generosidad del amor, a precio de muchos sacrificios cuando haga falta, la Iglesia Católica del Líbano está llamada, renovándose y convirtiéndose constantemente para estar a la altura de esta misión eclesial.

4. *Capítulo tercero. Sínodo para la renovación de la Iglesia* (nn. 37-78)

La convocación del Sínodo tenía por fin peculiar la renovación de la Iglesia del Líbano, «es decir que sea fiel a su vocación, a su misión y a su razón de ser en el designio de amor del Padre... En la situación actual... la Iglesia en el Líbano se interroga a sí misma si ha sido fiel y si sigue siendo fiel a lo que Cristo la ha reservado en sí misma y para su misión» (37).

El agente de la renovación es el Espíritu Santo. Cristo no nos ha dejado huérfanos en medio de nuestras tribulaciones, sino que nos ha dado a su Espíritu como Consolador y fuente de verdad, y para infundir en nuestros corazones sus frutos.

Las fuentes de la renovación que el Papa desarrolla una por una aplicándolas al caso concreto del Líbano, son: la Palabra de Dios, la Tradición apostólica, la Liturgia eucarística y demás sacramentos, la oración personal y comunitaria, etc. Esta renovación ha de alcanzar a todos: al episcopado, al clero, a los religiosos y las religiosas de vida apostólica y monástica, a la familia, a las mujeres, a los jóvenes y a todos los fieles laicos. Todos los miembros de esta Iglesia están invitados a hacer un sincero y profundo examen de su vida, cada cual según el estado personal en que se encuentre, para edificar juntos el Cuerpo de Cristo en los hogares, en las parroquias, en los conventos, en las diócesis y en todo el patriarcado. Y de esta manera se renovarán la catequesis, los movimientos de juventudes, los institutos de enseñanza superior, las facultades de teología y en fin la pastoral de las vocaciones (cf. nn. 39, 78).

Haciendo todos este esfuerzo común, resplandecerá con fulgor la unidad en la diversidad, «con el respeto necesario de la identidad de cada grupo y de cada persona... para que todos se hicieran piedras de construcción de una torre construida sobre la roca de la fe. Que este deseo de colaboración y de apertura no se manifieste solo a nivel de las diversas Iglesias locales en su conjunto, sino también a nivel de las distintas categorías que integran el pueblo de Dios. Cada uno tiene el derecho de ser respetado en su caminar espiritual personal. Pero también todos han de comprometerse en el camino del diálogo con sus hermanos; ya que los carismas y los dones confiados a los unos han de ponerse al servicio de todos, para una búsqueda comunitaria de la verdad en el amor» (n. 44).

5. *Capítulo cuarto. La Comunión* (nn. 79-88)

El aspecto ecuménico domina las páginas de este corto pero denso capítulo de la Exhortación apostólica.

La comunión o unión ha de resplandecer, en primer lugar, en la vida de los mismos católicos, por un proceso de conversión interior, según el mandato de Jesús: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15); esto es, «acoged la buena nueva del amor, de vuestra adopción de hijos de Dios y por consiguiente de la fraternidad. Es en Cristo, su única esperanza, que los fieles y el clero forman juntos la Iglesia alrededor de los obispos; el deber de los pastores es mantener la unidad de la Iglesia. Cada iglesia local manifiesta el misterio de esta unidad según su propia tradición y recibe de Cristo crucificado y resucitado la comunión del Espíritu Santo» (79).

La comunión ha de realizarse, de buenas a primeras, en el seno de las mismas Iglesias católicas orientales entre sí y en su relación con la Iglesia universal: «Las Iglesias patriarcales católicas en el Líbano pertenecen a la Iglesia Católica y, estando en plena comunión con el sucesor de Pedro, lo están también las unas con las otras como partes de la única Iglesia de Cristo y como realizaciones particulares de la Iglesia una y única de Jesucristo, de la cual tiran su eclesialidad. Ahora convendría preguntarse si en verdad

en cada lugar viven realmente esta plena comunión confiante con la Sede Apostólica y entre sí, particularmente en los dominios donde la colegialidad exige localmente una corresponsabilidad eficaz. Los obispos, los miembros del clero, los religiosos, las religiosas y los fieles laicos, los más comprometidos en la misión, son conscientes de que queda todavía un largo camino a recorrer» (n. 80).

La Asamblea de Patriarcas y Obispos Católicos del Líbano (APECIL), creada en 1967, como estructura colegial en la que cada patriarcado conserva su autoridad propia en lo que concierne su vida y su organización interna, dice la Exhortación, «desde el punto de vista funcional, es importante que las Comisiones se reorganicen en orden a ser más operativas y estar realmente al servicio de la misión de la Iglesia. La APECL está invitada a organizarse siempre mejor con el fin de trabajar para el bien común de los miembros de las diferentes Iglesias particulares» (n. 81).

Las relaciones de comunión con el conjunto de las Iglesias católicas del Oriente Medio, a través del otro organismo llamado «Consejo de los Patriarcas Católicos de Oriente» (CPCO) son igualmente invitadas «a reforzar sus estructuras manifestando de una manera efectiva la catolicidad de la Iglesia en la región y su misión de salvación para todos sus habitantes» (n. 82). Acto seguido, lanza el Papa un llamamiento urgente a las comunidades católicas de la diáspora o emigrantes fuera de su país de origen y a sus respectivos patriarcados en la tierra madre, para estrechar las relaciones entre sí, ya que «una comunidad local no puede vivir cortada de su centro de unidad sin correr el riesgo de erigirse en una total independencia. Esta renovación de las relaciones comporta deberes de parte de una y de otra» (n. 83); las Iglesias patriarcales han de proveer a sus hijos esparcidos en los países de emigración las ayudas espirituales y pastorales que ellos necesitan, y que los obispos cuiden de que los sacerdotes formados en la diáspora descubran el patrimonio de su Iglesia de origen y que permanezcan en contacto con ella.

En cuanto a las relaciones con las Iglesias ortodoxas, considera el Soberano Pontífice como «un tiempo de gracia, *kairós*, la participación activa de los delegados de los patriarcados ortodoxos en las sesiones sinodales; sus inter-

venciones han contribuido a desarrollar un clima fraterno entre las diferentes Iglesias... Ha quedado claro que los estudios serenos han permitido disipar muchos malentendidos acerca de la mayor parte de las contiendas cristológicas tradicionales surgidas en el siglo V. La Iglesia Católica y las Iglesias ortodoxas del Líbano están llamadas, de modo muy especial, a conservar en comunión de fe y de caridad las relaciones fraternas como entre hermanas» (n. 85). El Papa se felicita del progreso que se ha hecho desde Vaticano II sobre el compromiso ecuménico y los diálogos fructuosos y los acuerdos teológicos suscritos hasta ahora; e invita a las Iglesias interesadas a redescubrir y profundizar la tradición antioquena que es común entre algunas de estas Iglesias católicas y ortodoxas: «Esta vuelta a las fuentes exige una renovación en la formación y la reflexión teológicas, en la vida espiritual y en la acción pastoral, teniendo en cuenta la Tradición de la Iglesia y en particular los Padres orientales y occidentales que han expresado el mensaje evangélico en sus respectivas culturas» (n. 86).

Las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma tuvieron un delegado en el Aula sinodal; su intervención ha ofrecido la ocasión de disipar ciertos malentendidos sobre los protestantes. El documento pontificio precisa claramente los puntos de unión y los de divergencia:

«El vínculo primordial entre la Iglesia Católica y las Comunidades reformadas reposa sobre el bautismo que nos hace hijos de Dios, y sobre la escucha de la Palabra de Dios, teniendo al mismo tiempo conciencia de lo que nos separa, como los ministerios y la sacramentalidad de la Iglesia. Con el diálogo fraterno y la oración podemos pasar poco a poco de la desconfianza a los compromisos en el camino de la reconciliación y la plena unidad, traducidos por las acciones sociales comunes que ponen en valor el rostro de Cristo servidor de todos los hombres» (n. 87).

El cometido ecuménico de la Iglesia oriental católica resplandece en su incorporación reciente en el «Consejo de las Iglesias de Medio Oriente» (CEMO), al lado de los ortodoxos y protestantes. En este organismo se podría «entablar una reflexión común sobre los problemas, como la celebración de la Pascua del Señor y el estudio de un texto árabe común del *Padrenuestro* y del *Credo*. En el campo humani-

tario, un testimonio común puede darse manifestando antes nuestros contemporáneos la ternura y la solicitud del Señor» (n. 88).

6. *Capítulo quinto. La Iglesia Católica en El Líbano comprometida en el diálogo inter-religioso* (nn. 89-99)

Dos grandes comunidades religiosas, la cristiana y la musulmana, integran el Líbano casi con la misma proporción numérica. Para una verdadera y fructífera convivencia, ofrece el Sínodo el camino del diálogo inter-religioso basando en la conversión de los corazones y la lucha por la justicia en la caridad y la fraternidad:

«Habiendo vivido los unos al lado de los otros durante largos siglos, unas veces en paz y colaboración y otras en contiendas y conflictos, los cristianos y los musulmanes libaneses han de encontrar en el diálogo respetuoso de las sensibilidades de las personas ya las diferentes comunidades el camino indispensable para la convivencia y la edificación de la sociedad. Los libaneses no deben olvidar esta larga experiencia de las relaciones a las cuales están llamados a recuperar sin descanso para bien de los individuos y de la Nación entera. Para los hombres de buena voluntad es impensable que los de una misma comunidad humana, viviendo sobre la misma tierra, lleguen hasta desconfiarse unos de otros y oponerse y excluirse en nombre de sus respectivas religiones» (n. 90).

Este diálogo ha de extenderse a todos los niveles de la vida cotidiana, en el trabajo, en el vivir, entre las personas y las familias que aprenderán a apreciarse y a comunicarse.

En cuanto al nivel religiosos, que cada uno mire con estima y reconozca la grandeza de las búsquedas espirituales de sus hermanos en su marcha en el camino de la voluntad divina con vistas al progreso de los valores espirituales, morales y socio-culturales. Al mismo tiempo que intensificar el sentido de la convivencia que los hace responsables de la edificación de la sociedad, de la justicia social, de la paz, de la libertad y de la defensa de la vida y la familia:

«El diálogo islamo-cristiano no es solamente un diálogo entre intelectuales, sino que apunta en primer lugar a promover el vivir-juntos entre cristianos y musulmanes con espi-

ritu de apertura y de colaboración indispensables para desarrollarse cada uno, determinándose libremente a elegir lo que le dicta su recta conciencia» (n. 92).

Y ofrece el Papa su sincero agradecimiento a los delegados mahometanos por su presencia en la Asamblea sinodal y su participación activa en el diálogo.

7. Capítulo sexto. La Iglesia al servicio de la sociedad (nn. 100-116)

Es el último capítulo de la Exhortación apostólica; en él traza el Santo Padre ante la conciencia de los católicos del Líbano el cuadro completo de su acción en la sociedad, a partir de su compromiso cristiano, ya que la misión de la Iglesia es hacer conocer a Cristo y anunciar su salvación ofrecida a todos los hombres:

«En su acción en el seno de la sociedad, el cristiano ha de inspirarse de la Palabra de Dios que le invita a hacerse suya solicitud del Señor por los huérfanos y los pobres revestidos del rostro de Cristo y que son los predilectos de Dios... Acudiendo a la ayuda de sus hermanos necesitados, el cristiano participa en el restablecimiento de la fraternidad perdida a causa del pecado, y pide a Cristo realizar la plena fraternidad» (n. 101).

Por otra parte, las secuelas de la guerra han originado una crisis socio-económica que afectó a los individuos y las familias, en cuanto a la vivienda, a la educación, a la salud y al trabajo; razón por la cual «las Iglesias patriarcales tienen el deber de organizarse para proponer las ayudas efectivas, materiales, espirituales y morales a todos cuantos las necesitan... Pido a los responsables de la Iglesia Católica del Líbano asociar a los laicos y a los religiosos y las religiosas más estrechamente a la misión de la Iglesia universal en beneficio de todos» (n. 102). En este aspecto, el tono de Juan Pablo II es vibrante y lleno de autoridad:

«En virtud de mi misión de supremo administrador de todos los bienes temporales de la Iglesia, pido un compromiso radical de todas las comunidades católicas orientales que tengan constantemente la preocupación de realizar una administración racional, transparente y orientada hacia los

fines por los cuales estos bienes han sido adquiridos... Es evidente que la administración del patrimonio de la Iglesia es un servicio apostólico que no puede tener como fin un enriquecimiento personal, familiar o de grupo» (n. 104).

El servicio educativo en las escuelas, los centros académicos, las universidades y los institutos superiores constituye un campo de apostolado de capital importancia que hay que desarrollar con vistas a un rendimiento más fructuoso. Por lo cual, todos los actores interesados: profesorado, alumnos, parientes, personal técnico y administrativo, sacerdotes, religiosos, religiosas, etc. Han de asociarse más estrechamente en esta tarea para hacer de los jóvenes estudiantes los hombres del futuro, los testigos del Evangelio y los ciudadanos ejemplares. La Iglesia no debe pararse ni retroceder ante las dificultades de orden material o económico para la formación de sus hijos: «Pido a las instituciones de enseñanza reconsiderar, en lo posible, la cuestión de los gastos de la escolaridad en sus centros, para no castigar a las familias pobres... para que ningún joven interrumpa su formación por razones únicamente materiales o financieras» (n. 107).

En el campo de la información o medios de comunicación social, «la Iglesia tiene su lugar para promover la verdad, condición de toda dignidad humana, y los valores espirituales y morales que permiten a cada persona conducirse cada día con rectitud y desarrollar los distintos aspectos de su personalidad» (n. 111); por lo cual se pide a la Iglesia del Líbano favorecer las emisiones religiosas y los programas de información y de educación según el mensaje evangélico.

Aunque la Iglesia no se confunda con la comunidad política ni está ligada a ningún sistema político, ya que su misión es conducir a los hombres a Cristo y a la salvación eterna, sin embargo, «el mensaje evangélico ilumina todas las realidades humanas... Los cristianos no pueden, por lo tanto, tener dos vidas paralelas: por un lado, la vida que se llama espiritual con sus valores y sus exigencias; y por otro, la vida llamada secular que tendría unos valores diferentes u opuestos a las primeras» (n. 112). Por lo cual, los cristianos, como ciudadanos con derechos y deberes, y en razón de su participación en la triple función de Cristo: la sacerdotal, la profética y la real, no pueden renunciar a la política en su acción multiforme, económica, social, legislativa, administrativa y cultural para el bien común y el mejoramiento de la condición humana.

La última parte de este capítulo trata de los derechos del hombre. Refiriéndose a los años de sufrimientos que han afectado profundamente a todos los libaneses, el Santo Padre invita al pueblo y las autoridades civiles a una toma de conciencia, para que la paz y la justicia sean más fuertes que la venganza y la violencia, para que «el odio y la injusticia no se apoderen de naciones enteras... La sociedad no puede reconstruirse si cada uno de sus miembros, o sus familias o los distintos grupos que la componen no busquen salir de los conflictos que han marcado los tiempos de violencia... En el campo político, económico y social, los responsables de la vida pública están llamados a estar particularmente atentos a las personas amenazadas de vivir al margen de la sociedad, para hacer progresar sus condiciones de vida y de trabajo» (n. 114). A la luz del misterio de la Encarnación se ilumina el misterio del hombre y se comprende mejor que «los derechos de Dios y los derechos del hombre son unidos, y que violar los derechos del hombre es violar los derechos de Dios; y a la inversa, servir al hombre es también, de alguna manera, servir a Dios, porque no la caridad que no es acompañada de la justicia no existe... de donde la Iglesia repite siempre el grito evangélico por la defensa de los pobres del mundo, de los amenazados y despreciados y los privados de sus derechos humanos» (n. 115).

8. *Conclusión* (nn. 117-125)

«No hubiera habido un llamamiento a un Sínodo si no habría razones de esperar». Con esta expresión empieza el Papa la conclusión de la Exhortación apostólica, y agrega que la razón fundamental es Jesucristo «nuestra esperanza», el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, que nos acompaña y nos da la fuerza para seguir adelante: como el encuentro sobre el camino de Emaús fue para los dos discípulos un camino con Jesús, así el tiempo de preparación y la Asamblea sinodal han sido una marcha con Cristo resucitado» (n. 117).

La conclusión es, en sustancia, un mensaje de amor paterno brotando del gran corazón de Juan Pablo II hacia los libaneses, para decirles que la Iglesia está con ellos.

El Papa se dirige, en primer lugar, a los católicos:

«Hijos e hijas de la Iglesia Católica en el Líbano, pastores y seglares, escuchad la llamada del Señor y no tengáis miedo de responder a ella por un firme compromiso, para el bien de todos. En esta nueva etapa de vuestra marcha sinodal, la Iglesia católica entera os sostiene con su oración y sus múltiples ayudas. Que Dios acompañe vuestros esfuerzos... Que el amor de Cristo os urja a realizar un solo Cuerpo, a vivir fieles al Evangelio y al Magisterio, a ejercer vuestra misión sobre la tierra. La presente Exhortación quiere ayudaros a marchar juntos en el camino» (n. 118).

Las otras Iglesias y Comunidades cristianas y los musulmanes están también llamados a vivir juntos, para edificar una nación de diálogo y de convivialidad. La experiencia de la presencia de sus delegados es un gesto que «constituye una nueva etapa para ahondar en el país la concertación y el diálogo fraterno... Os exhorto a todos vosotros los libaneses de todas las confesiones, a ganar este desafío de la reconciliación y la fraternidad, de la libertad y la solidaridad, que es la condición esencial de la existencia del Líbano» (n. 119-120).

El Soberano Pontífice confía este gran proyecto a las manos de Nuestra Señora del Líbano e implora a la Santísima Trinidad la bendición de todos los esfuerzos; exhorta a todos los cristianos, la jerarquía, las personas consagradas y los seglares a renovar su compromiso y a manifestar cada día una fidelidad más grande a Cristo, y pide a los pastores constituir una comisión especial con programas valerosos de acción para la aplicación de este documento pontificio.

Juan Pablo II termina su Exhortación con este deseo:

«En el umbral del tercer milenio, invito insistentemente a los fieles de la Iglesia Católica y de las otras Iglesias y Comunidades a prepararse para el Gran Jubileo del Año 2000... Así, la Buena Nueva de la Salvación será para todos los hombres una fuente de fuerza, de gozo y de esperanza. Entonces, el pueblo «florecerá como la palmera y crecerá como el cedro del Líbano» (Sal 92, 13) (n. 125).

P. IGNACIO SAADÉ
Jounieh (El Líbano)

SUMMARY

The author chronicles the preparation of the Synod for the Lebanon and explains the key points of the Apostolic Exhortation «*A new hope for the Lebanon*», with which Pope John Paul II officially gave ecclesial and magisterial recognition to the Synod's conclusions.

